

Volumen XII

Noviembre 1.º de 1916

Número 120

REVISTA  
del  
COLEGIO MAYOR  
de  
Nuestra Señora del Rosario

---

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA  
IMPRENTA DE SAN BERNARDO  
MCMXVI

## CONTENIDO

Viejos y jóvenes.....	R. M. C.
Himno a San Francisco..	A. GOMEZ RESTREPO
Los caminos de la verdad	FRANCISCO M. RENJIFO
El sabio Caldas.....	LUIS ALBERTO CASTELLANOS
La filosofía tomística en Venezuela.....	J. F. FRANCO QUIJANO
Discurso de clausura de estudios.....	ANGEL MARÍA SAENZ
Ultimos grados. De la extradición en Co- lombia.....	PEDRO MARTÍN QUIÑONES
Clausura de estudios.	
Indice por materias.	
Indice por autores.	

## REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, noviembre 1.º de 1916

## VIEJOS Y JOVENES

(Conversación familiar con unos estudiantes del Rosario)

Cuando me ordené sacerdote, hace la friolera de treinta y tres años, hablaban mucho del clero viejo y del nuevo, como si fueran cosas distintas, y hasta creo que se formaron entre las personas devotas dos bandos: uno defensor de los clérigos de cabeza blanca, y otro de los de cabeza negra o rubia. De seminarista, me inclinaba yo al segundo partido, fundado en varias razones. Usaban los de antaño sotana cosida por delante, y nosotros la usábamos con botones; envolvíanse ellos con el airoso manteo español, y los mozos nos apretábamos dentro del sobrerropa francés; los viejos llevaban sombrero de canal, llamado aquí gráficamente de teja, mientras los nuevos nos cubríamos la cabeza con un tricornio. Lo peor era que nuestros mayores se apoyaban fuertemente en el altar, para hacer las genuflexiones de rúbrica, y a veces no tocaban el suelo con la rodilla, como lo mandan los preceptistas.

En una de las doctas y amenas pláticas que nos hizo a los ordenandos el doctor Bernardo Herrera Restrepo, Rector del Seminario, nos dijo que *presbitero* quiere decir *anciano*, que la Santa Madre Iglesia nos daría ese título, a pesar de nuestros pocos años, por-

que aguardaba que imitáramos a los viejos en la madurez y virtudes. Me ocurrió entonces que vale más el original que la copia, y es preferible *tener* los méritos que *imitarlos*, y formé propósito, por desgracia no bien cumplido después, de querer y estimular a los sacerdotes jóvenes, y venerar y amar y copiar en las excelencias a los provecos.

Fue deslizándose el tiempo, instante a instante, y como yo me sentía tan entero de salud, y alegre y animoso; como cada mañana, al ver mi efigie en el espejo para afeitarme, no advertía mudanza respecto de la víspera, y como me constaba que nada iba ganando, ni en experiencia ni en gravedad, ni en virtudes, seguía creyéndome de buena fe, clérigo joven. Un día, por salir de un fotógrafo impertinente, me dejé retratar y comparé aquella imagen con otra que conservaba; me fijé en el color gris del cabello sobre las sienes, recibí un nombramiento de canónigo, y entendí que era clérigo viejo. Ahora uso manteo cuando hace frío, y hago con cierto trabajo las genuflexiones. ¡Quién me lo hubiera dicho!

Por fortuna, aquella distinción que pretendieron fundar algunas personas piadosas entre el clero, pasó para siempre, y hoy los sacerdotes no formamos con nuestros obispos, sino un solo corazón y una sola alma. Pero ahora se habla de militares nuevos y viejos; se han pronunciado en las cámaras y se han publicado en los diarios ataques y defensas vehementes y no siempre equitativos y ajustados a la verdad.

Así como Dios ha concedido a cada especie animal cualidades que no comparte con otras, y el topo no posee la vista del águila, ni el caballo el olfato del lebre, también a cada edad humana otorgó peculiares ventajas: a la niñez inocencia, entusiasmo a la juventud, experiencia a la ancianidad. Del concurso de personas de diversas edades resultan la estabilidad y el pro-

greso de las naciones. Una república de jóvenes sería una escuela sin maestro y sin bedeles, una de viejos resultaría hospital sin médicos ni enfermeros.

Es la mocedad la época de la formación, el tiempo más eficaz de la vida. Hombre que a los cuarenta años no vale, ya puede perder la esperanza de valer jamás. Sobre todo los artistas. Porque las artes—incluyendo la poesía y las bellas letras—viven de imaginación, que es facultad sensitiva con asiento en el cerebro, y se desgasta con el andar de los años. Rafael de Urbino, el rey de la pintura, y Mozart, príncipe de la música, murieron de treinta y cinco años de edad. No excedieron el mismo breve término, como lo observó Rafael Pombo, el vate danés Evald, Byron, Burns, y en nuestra América española, José Maria Heredia y José Eusebio Caro.

El artista, que siempre empieza temprano, cuando llega a la postrera jornada unas veces se opaca, como el insigne dramaturgo español Tamayo y Baus; otras conserva las dotes recibidas. Miguel Angel esculpió el Moisés en la mañana, y pintó el juicio final en la tarde de la vida. Acá, Miguel Antonio Caro escribió a los sesenta y cuatro años su *Elogio del silencio* en maravillosos tercetos rebosantes de frescura y de poesía.

En cambio de que la fantasía se vaya debilitando con el tiempo, la inteligencia crece y se sazona. La filosofía, la historia, las ciencias naturales rinden sus mejores frutos en los entendimientos que han trabajado por años dilatados. Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, empezaron a enseñar y a escribir entre los cuarenta y los cincuenta. Ciertamente es que Santo Tomás a penas alcanzó a cumplir nueve lustros, y Balmes no llegó a los ocho, pero estas son excepciones, y ya podrá calcularse a dónde habrían ascendido si la Providencia les hubiera doblado la existencia terrena.

Tucidides y Jenofonte, Tito Livio y Tácito redactaron ya ancianos sus historias inmortales. Igual observación cabe hacer en Colombia, respecto a Restrepo, Groot y Posada Gutiérrez. Por lo que hace a los magnos descubrimientos en ciencias físicas y matemáticas, no han sido, por lo general, patrimonio de los muchachos. No lo eran ya Newton cuando *vio* la ley de la gravitación; Hershel y Leverrier cuando encontraron dos planetas en el cielo; Leibnitz, al inventar el cálculo; Lavoisier, al fundar la química. El gran Pasteur principió sus portentosas investigaciones recién graduado, y las terminó la víspera de la enfermedad postrimera. Uno de los méritos de nuestro Caldas fue el de hacer su descubrimiento del método para medir las alturas por el agua hirviendo, a los treinta años de edad.

Hubo un día en que los destinos de Europa estuvieron en manos de tres octogenarios: León XIII, Gladstone y Bismark.

Pasando ahora de las artes de la paz a las de la guerra, la de conquista es propia de la juventud, porque requiere vigor, entusiasmo y ambiciones en un grado que no se compadece con las canas de la cabeza y los desengaños del corazón. Aníbal, Alejandro, Napoleón no me dejarán de embustero. Ciertamente que César emprendió la campaña de las Galias a los cuarenta y dos años; pero, a esa edad, si ya el hombre no es mozo, tampoco ha principiado a ser viejo. En las demás guerras, unas veces la victoria se debe a los movimientos imprevistos y geniales, a las rápidas marchas, a la intrepidez y arrojo personal de los jefes y oficiales. Entonces toca el papel a los jóvenes. Tal acaeció en nuestra emancipación política de España. El día de la victoria de Boyacá, Bolívar tenía treinta y seis años; Anzoátegui, treinta; Santander, veintisiete. Y llevaban nueve de guerrear sin tregua ni descanso. De los granadinos que fueron con Rivas a Venezuela, los pocos

sobrevivientes, como Vélez y Ortega, eran coroneles a los dieciocho años, y trajeron el cuerpo acibillado de cicatrices, y la frente inclinada al peso de los laureles.

Otra cosa es la guerra científica. La sabia matanza que se está cumpliendo en Europa, adelanta dirigida por jefes de arrugada tez y nevados bigotes. Esta arte no se aprende sólo en las academias militares y en las maniobras de mojiganga; se requieren además el silbo de las balas, el chis chas de las bayonetas, el estallar de las granadas. Unos de esos generales estudiaron en la escuela del triunfo; otros, en la del vencimiento. Tan buena es una como otra para la educación de los hombres superiores.

Tratemos ahora el punto que es un aspecto más interesante para nosotros: el del magisterio y el profesorado. Para la dirección de los colegios y facultades superiores, conviene el reposo que dan los años, la indulgencia con las flaquezas del prójimo que no se adquiere en un día, la experiencia que es discípula de lo pasado y maestra de lo porvenir. Quedan muy bien unos copos de nieve que asomen bajo el bonete doctoral. Pero el director necesita, para que no desmaye la tarea, del hervir vividor de las mentes juveniles. El catedrático anciano ha tenido más tiempo para aprender, sabe introducirse en los espíritus, pero corre peligro si no vela sobre sí, de caer en la rutina, que es atrofía para las almas de los alumnos. El profesor joven sabe quizá menos, se hace entender con mayor trabajo, pero trae frescas las ideas, mueve a los oyentes, los aguija para el trabajo, los contagia de ilusiones doradas. Si yo hubiera estado en Europa allá en 1880, hubiera querido oír a Menéndez Pelayo leer historia de la literatura, en la universidad de Madrid, a los veinticuatro años, y a Chevreuil enseñar química en la Facultad de París, en víspera de cumplir los cien años de edad.

Para suma y remate, estas discusiones sobre jóvenes y viejos me han hecho recordar al mosquito de la fábula de Iriarte, que decía:

El mal vino condeno.  
Lo chupo cuando es bueno,  
Y jamás averiguo  
Si es moderno o antiguo.

R. M. C.

---

## HIMNO A SAN FRANCISCO (I)

POR A. GOMEZ RESTREPO

Cantemos al dulcísimo Francisco,  
Al Serafín de amor,  
Al que, después de iluminar la tierra,  
Brilla en el cielo, cual su hermano el sol.

Al que rompiendo terrenales lazos  
En fresca juventud,  
Siguió las huellas que dejara Cristo  
Y aún vierte sangre, lágrimas y luz.

Al que aromó con su gentil presencia  
Las montañas de Asís  
Y cultivó con sus rasgadas manos  
Flores para el angélico jardín.

Amó a una noble dama: la Pobreza,  
Con un amor tan fiel,  
Que ostentó, cual ornato de sus bodas,  
En magro cuerpo, santa desnudez.

---

(1) Este himno fue compuesto—para ser cantado—con motivo de la Asamblea general Terciaria celebrada en el templo de San Francisco en honor del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo Primado en sus bodas de plata.